

## CAPITULO XXI.

## Un padre y una madre.

**L**os lectores recordarán que don Luis de Souza y Fajardo había sido enviado à España por el rey don Juan II para que en su nombre le hiciese proposiciones á fin de que le decidiese á llevar á cabo su expedicion con recursos de Portugal.

Colon no quiso oír al emisario secreto del rey, y éste quedó desairado por completo.

Tambien recordarán que doña Catalina de Alvarado, la dama que sucedió á doña Beatriz Enriquez de Córdoba, cuando por intrigas del conde de Almagros se retiró de palacio, la madre de María, de aquella jóven candorosa que tan inmenso amor había despertado en el alma de Diego de Colon, faltando no sólo à la gratitud que debía al conde, sino lo que era más punible, á los deberes de madre, oyó los galanteos de don Luis de Souza, y cuando éste regresó á Portugal se fué en su compañía.

Don Luis no podía presentarse con ella porque estaba casado, y aunque circunstancias especiales, que tal vez á su tiempo sabremos, le obligaban á vivir separado de su esposa, tenía una reputacion muy bien sentada, desempeñaba un cargo muy distinguido en la corte, y ni podía, ni debía hacer ostentacion del lazo que le ligaba con la castellana en su propia patria.

Los dos convinieron ántes de llegar á Lisboa en separarse.

Catalina permanecería algunos dias en Oporto, y cuando la avisase don Luis se trasladaría á Lisboa á ocupar una casa que le pertenecía, casa en donde iría á verla ocultamente.

Hízolo así, en efecto, y como Catalina era una mujer muy diestra y al mismo tiempo muy bella, logró dominar por completo al emisario del rey, teniendo gran influencia en la corte por este medio.

Don Luis había perdido el seso por ella, y en la corte empezaba á murmurarse de las visitas que la hacia; resolvió construir en Llandra, donde tenía algunas posesiones, una casa de campo que con el tiempo fué un verdadero palacio.

Hizo á Catalina que se trasladase allí, y desde entónces la mayor parte del año lo pasaba en su compañía á bastantes leguas de los curiosos.

En Llandra estaba cuando Colon, de regreso de Valparaiso, hizo noche en aquel lugar para salir al día siguiente á Rastelho à embarcarse.

Don Luis había sabido la llegada de Colon, pero no había acudido á recibirle, y algunas horas ántes de la llegada de Colon á Llandra recibió un mensaje del rey en el que le anunciaba que el almirante de España llegaría aquella noche, le encargaba que le hospedase en su casa, reanudase con él sus antiguas relaciones y se valiese de todos los medios para informarse del derrotero que había seguido, ordenándole además que si nada podía averiguar sobornase á alguno de los que le acompañaban ó enviase persona de toda su confianza á la carabela, porque necesitaba á toda costa conocer el verdadero camino desde las Azores hasta las tierras que había descubierto Colon.

El almirante no tardó en reconocerle.

—Quiero mostraros que no soy rencoroso, le dijo don Luis y ya que no me ha sido posible felicitaros ántes, ni asistir á, los convites con que os ha festejado su majestad el rey, deseo que honreis mi casa y paseis en ella el tiempo que permanezcais en el lugar.

—Os agradezco infinito el agasajo, dijo Colon, y voy tan satisfecho de las mercedes que me ha otorgado el rey, que me complaceré en pasar á vuestro lado la noche para que llegue á vos la gratitud que siento hácia este noble y generoso país.

El almirante con su escasa comitiva, precedido de don Luis, llegó al palacio y se hospedó en el aposento que le tenia preparado,

Para realizar los deseos del monarca dispuso don Luis una espléndida cena, y contando con la sagacidad y con la astucia de Catalina, no tuvo inconveniente en hacerla su cómplice.

—Las preguntas de una mujer, se dijo, parecerán mera curiosidad á Colon; á mí me contestaría con recelo, mientras que á Catalina se apresurará á complacerla porque es galante y bondadoso.

Comunicó á Catalina su plan, y fué despues á la habitacion de Colon á conversar con él mientras los llamaban para sentarse á la mesa.

—Deseo presentaros á mi esposa, le dijo don Luis, á quien tal vez habreis oido nombrar en la corte de vuestros reyes, porque es española, y ha tenido el honor de desempeñar uno de los puestos más honrosos allí al lado de la reina doña Isabel.

—De gran satisfaccion me servirá conocerla, contestó el ilustre marino. Para mí, España es hoy la única patria que tengo. ¿Qué mayor ventura puedo esperar que hallar una española ántes de pisar el suelo de mi patria?

—He de trataros con la mayor franqueza, añadió don Luis. Somos antiguos amigos, y la verdadera amistad se niega á la etiqueta. Venís del palacio del rey, en donde todo ha sido ceremonia para vos; en mi casa hallareis confianza y cariño. Así, pues, venid al comedor donde nos espera doña Catalina.

Esta conocia tambien á Colon.

No habia olvidado que habia servido de pretexto al conde de Almagros y á sus amigos para la intriga que dió por resultado su elevacion al cargo de dama de la reina.

La presencia del ilustre genovés despertó instantáneamente en su imaginacion el recuerdo de los dias en que le habia conocido.

Entónces era objeto de un entrañable amor por parte del conde de Almagros, que á su vez le idolatraba, y de aquel lazo que la pasion habia formado habia brotado una niña.

Pero aquellos dias de ventura, de expansion y de esperanza habian desaparecido para siempre.

Los lazos que la habian unido con el conde de Almagros, lazos que, dicho sea de paso, ignoraba don Luis de Souza, se habian roto para siempre por su culpa.

La madre habia abandonado á su hija, y su recuerdo era un remordimiento continuo.

Ademas, vivia en un país extranjero, y entónces no era el amor, sino la necesidad, lo que la detenia en los brazos de don Luis de Souza.

Sin embargo, tenia mucha serenidad, y dominándose saludó cordialmente á Colon, le colmó de plácemes y enhorabuena, y amenizó con su conversacion la primera parte de la cena.

Don Luis llenaba á cada instante de sabroso vino el vaso de Colon.

Querria animarle para que hablase.

Colon habló, en efecto; pero no á medida de los deseos de don Luis.

Ponderábanle él y Catalina la importancia del descubrimiento que acababa de hacer; de la gloria que le esperaba, de las ovaciones que alcanzaria en toda Castilla, de las inmensas riquezas que llegaria á atesorar, y Colon, comprendiendo del mismo modo que ellos la gran altura á que habia llegado, no pudo ménos de dirigir una mirada á su pasado, y en él halló la inspiracion para hablar como habló.

Sí, dijo á Catalina y á don Luis, grande es la gloria que he alcanzado, acaso sean inmensas las riquezas que logre. Pero ¡ay! dejadme que os abra mi corazon en este momento; dejad al hombre que se os aparece tan acariciado por la fortuna, que os diga sus tristezas.

—¡Vos podreis estar triste! exclamó Catalina.

—En estos momentos seria una iajusticia, añadió don Luis.

—Pues ved lo que es el mundo: yo, que tantas mercedes acabo de recibir de la suerte, que tengo delante de mis ojos un porvenir tan risueño, os envidio. Sí, os envidio, porque vivís unidos, porque os amais; y yo que tambien he tenido una esposa, á quien he amado con toda mi alma, no puedo ménos de recordar aquellos breves dias que pasé á su lado dominado por la ambicion, por la sed de gloria, y corriendo siempre en pos de un fantasma que me alejaba de la verdadera felicidad, de la felicidad doméstica que tenia á mi lado.

No hay duda que la fortuna me ha favorecido. Es de esperar que así como el monarca de Portugal me ha honrado, me honrarán con más motivo los reyes de Castilla; confirmarán el título de grandeza que me han dado y me colmarán de agasajos. Pero todos estos goces no satisfacen más que la vanidad del hombre: á lo sumo llenan las necesidades de la materia; pero ¿y las del espíritu? ¿Qué es haber descubierto un

Nuevo-Mundo? ¿Qué es alcanzar la honra de estar cubierto y de poder sentarse al lado de los reyes? ¿Qué es atesorar riquezas si no tiene uno al lado una mujer amada, una casta esposa, que despues de haber compartido los infortunios, comparta las alegrías con su compañero? ¿Y si hay un hijo, si de este amor que ha unido sus almas nace un fruto de bendicion, con qué afán, con qué alegría, con qué entusiasmo ve el padre los honores, las riquezas que ha de poder legarle?

Y si ha pasado trabajos, y si ha sufrido ese padre al conquistar los favores de la fortuna, ¿cuán inmensa es su dicha al ver que puede librar al hijo de su amor de los infortunios que ha padecido, que puede separar de su camino los abrojos, sembrarle de flores y hacer que la vida sea para él un Eden? Parte de esta felicidad me está á mí reservada, si Dios durante mi viaje no ha dispuesto de la vida de mi hijo.

Al hablar de este modo recordó Colon que no iba á disfrutar de sus beneficios un hijo, sino dos.

Pero Fernando tenia que pasar á los ojos del mundo como un desconocido para él.

—¿Vos teneis hijos? le preguntaron don Luis y doña Catalina.

—Sí, tengo uno.

—Yo recuerdo cuando fuisteis á Córdoba, y entónces no estaba á vuestro lado.

—¡Oh! No: yo habia vivido en Portugal. En Portugal habia unido mi suerte con la de una mujer que no pudo disfrutar á mi lado porque la pobreza vivia en nuestra casa. Murió dejándome un hijo, y con él fuí á España á pedir proteccion. La Providencia detuvo mi paso errante á la puerta del Convento de la Rábida, y allí nos ampararon. Cuando yo fuí á Córdoba á proponer á los reyes mis planes, quedó mi hijo al lado del prior, y en su compañía ha pasado mucho tiempo edn

cándose en los santos principios de la religion y de la moral. Hoy es ya un hombre. Los reyes, colmándome de mercedes, le hicieron paje de su hijo ántes de mi partida. Por él, solo por él me sonreía la idea del triunfo; pero no puedo ménos de experimentar un vacío en mi corazón: ¡me falta su madre!

— Sois todo un héroe, dijo don Luis de Souza profundamente conmovido, estrechando la mano de Colon.

— Y vos, amigo mio, preguntó el almirante, no teneis hijos?

Don Luis y doña Catalina bajaron los ojos.

— No, contestó don Luis, no nos ha dado Dios...

— ¡Ah! pues entónces vuestra felicidad no es completa por dichosos que seais. Creedme, señora, añadió dirigiéndose á doña Catalina, un hijo, un hijo es la única felicidad posible. En todas las afecciones del corazón hay egoismo ménos en el amor patenal; un hijo es un pedazo de nuestra alma, una multiplicacion de nuestro sér, es nuestra alma, es nuestro cuerpo, es la vida.

Sois ricos gracias al favor del rey, os hallais rodeados de leales servidores, haceis el bien y os bendicen en todas partes; pero todas las venturas que disfrutais pueden darse por la menor caricia de un hijo.

Colon, que por efecto de las circunstancias y de los peligros que habia corrido, habia pensado poco en los suyos, sentia en su alma desbordarse el afecto hácia ellos, y sus palabras eran entusiastas, vehementes.

Don Luis y doña Catalina, preocupados por el giro que habia tomado la conversacion, se vieron precisados á renunciar á sus propósitos.

Ella estaba profundamente conmovida.

Don Luis, que no comprendia la causa, creyó que se aburría de aquella conversacion, y para distraerla propuso nuevas libaciones.

Habia abusado tanto en la mesa que no tardó en sentir una gran pesadez en la cabeza, y un vivo deseo de descansar.

— Estareis muy rendido, dijo á Colon, ahí teneis vuestro cuarto dispuesto. A descansar, querido huésped.

— Jamas olvidaré, dijo Colon, la cariñosa hospitalidad que me habeis dispensado esta noche. Supongo que mañana, aunque pienso partir temprano, nos veremos.

— ¡Pues no faltaba más!

— En ese caso, buenas noches.

— Buenas noches, mi querido huésped.

Doña Catalina se acercó á Colon y le dijo al oído:

— Tengo que hablaros, esperadme esta noche en vuestra habitacion.

Colon no pudo explicarse el significado de aquel anuncio. Fué á su aposento y aguardó.

No habia pasado media hora cuando sintió dos golpecitos en la puerta y despues de abrirla vió entrar en su habitacion á Doña Catalina.

— Os extrañará mi visita, le dijo, pero las palabras que habeis pronunciado esta noche han sido mi acusacion.

— ¡Qué decís, señora?

— Confio en vuestra lealtad y voy á revelaros un secreto. Yo soy esposa de don Luis de Souza.

— ¡Es posible?

— Sí; mi desgracia lo ha querido. Desde España me trajo engañada á Lisboa diciéndome que me daría su nombre; pero don Luis está casado, y aunque vive separado de su esposa, ya comprendeis que le ha sido imposible cumplirme su promesa. La necesidad me obliga á vivir en su compañía, pasando solo á los ojos vuestros, porque todos los demas conocen mi historia, como esposa suya. No os hablaria, sin embargo, de esto, si no hubierais despertado con el amor que

profesais á vuestro hijo un recuerdo doloroso en mi alma. He podido disfrutar todos esos goces que habeis nombrado; he podido comprender vuestro entusiasmo al hablar de vuestro hijo, porque soy madre.

—¿Vos, señora?

—Sí; pero madre desnaturalizada, madre indigna de compasion. Abandoné á mi hija para seguir á don Luis á Portugal. Sé que esta confesion me humilla á vuestros ojos: no os la haria si no tratase de pedir os un favor.

—Hablad, señora; yo respeto siempre la desgracia.

Doña Catalina prosiguió:

—Vais á España, vais á la corte, tal vez podreis hallar á mi hija. Si lo conseguís, haced que me perdone, inspiradle cariño hácia mí. Avisadme su actitud, y yo os ofrezco renunciar á las riquezas, al lujo, al fausto que me rodea, para ir á consagrarme á mi hija.

—Vuestros propósitos son muy nobles, y me honrais en extremo confiándome su realizacion. ¿Dónde esta vuestra hija?

—Lo ignoro; pero de seguro donde esté la corte, porque la acompaña á todas partes. El rey don Fernando, protector de su padre, cuando éste murió le ofreció velar por ella; no se separa nunca de su lado, y segun mis noticias, la colma de bondades; es para ella un segundo padre.

—¿Su nombre?

—María.

—¿Su apellido?

—Es el mio; Alvarado.

—Yo os ofrezco cumplir vuestro deseo.

—Dios os lo pagará.

—¿Y cómo podré comunicaros el perdon de vuestra hija, su deseo de que vengais á su lado?

—Escribidle á don Luis con cualquier pretexto, diciendo-

le, por ejemplo, que agradecido á sus bondades por haberos hospedado en su casa, deseais saber de él. Esta carta equivaldrá para mí á la noticia de que mi hija me abre sus brazos y me perdona.

—Fiad en mí.

—¡Ah! por Dios, exclamó doña Catalina estrechando la mano del ilustre marino con verdadera emocion, vos que me habeis hecho comprender cuán culpable he sido, sed bueno y conseguid la redencion de mi culpa.

Colon se separó de doña Catalina, y al dia siguiente se despidió de don Luis y partió.

El temporal se habia calmado.

Los suyos le esperaban con ansia.

Subióse á la carabela, y continuando su camino llegó á la barra de Saltes, á los siete y medio meses de haber salido de ella para emprender su aventurera expedicion.

Inmediatamente se encaminó hácia Palos, para desembarcar allí.

Uno de los pesares que agitaban al almirante, era la ausencia de Pinzon.

¿Se habria perdido la *Pinta* y habrian sucumbido su capitán y los tripulantes?

¿Se habria adelantado Pinzon para disfrutar del triunfo ántes que él?

Estos temores aumentaban su ansiedad á medida que se acercaba al deseado Puerto.

No tardaremos en ver hasta qué punto debia ser justa la Providencia con aquellos dos hombres.